

Racismo de ayer y de hoy

Fernando E. Palacios Mogár
Presidente del *Partido Liberal Nacional Cubano*
La Habana, Cuba

El racismo conlleva discriminación en el orden social que puntualiza cualquier exclusión, restricción y limitación al reconocimiento de igualdad entre las personas, con el argumento de conexión fortuita entre las características genéticas (fenotipo) de los seres humanos y sus capacidades intelectuales, comportamiento social, expresiones visibles de su personalidad y su cultura, y otras evidencias de su actuación.

La discriminación se define principalmente como exclusión, distinción, restricción o preferencia basada en el origen racial o por la descendencia o el origen nacional o étnico. En la Cuba de hoy, como en otras partes del mundo, esta discriminación va más allá, porque hay diferentes formas por motivos de sexo, edad, orientación sexual, género, opiniones políticas, origen social, capacidades, posiciones económicas y creencias religiosas.

En Cuba las relaciones raciales y sus efectos marcaron a las personas y definieron los roles sociales durante periodos históricos. Todavía se viven las consecuencias. Los cubanos sentimos que la problemática racial se encuentra latente. El negro sufrido desde la cuna, agraviado desde su clase y violentado desde su origen social y cultural, lleno de dramas y contradicciones, no puede mostrar otra reacción que no sea de rebeldía.

Son muchos los episodios en tantos siglos de esclavitud y por mucho que se ha intentado hacer, todo resulta poco por la profundidad del trauma. Sobran ejemplos, como la brutal represión contra el Partido Independiente de Color, cuyos integrantes solo aspiraban a obtener justicia y reconocimiento hacia las personas de la raza negra.

La imagen que se ha desarrollado históricamente con relación a los negros es de exclusión, a pesar de que la elite gobernante carece el discurso de venir luchando contra estos prejuicios. No se avizora avance ninguno y es muy triste observar cómo nuestra sociedad no logra avanzar en la erradicación de las diferencias sociales y económicas de la población negra.

La solución del racismo en la Isla no es solo cuestión de igualdad legal. La transformación de la conciencia social ocurre de una manera muy lenta y se afecta mucho más por los factores objetivos y subjetivos. La historia de nuestra esclavitud nos ha traído malas consecuencias para asumir nuestra identidad. No se ha trabajado para sentirnos orgullosos de la representación social de los negros ni de su papel real y grandioso en la independencia. No se posibilita un buen sentimiento de pertenencia ni de sus características físicas. Por el contrario, lo más frecuente son los mitos —casi

todos negativos— que se refuerzan y pasan de generación a generación junto con valores asociados a los sentimientos de inferioridad, de mezcla de rebeldía y sumisión. Todo lleva a una vida de exclusión.

Llevamos mucho tiempo arrastrando ese estigma de subestimación de la raza negra. Es hora de que deje de verse lo negro como el lado malo de la personalidad nacional. En la conciencia popular, ser negra o negro es sinónimo de suciedad, fealdad, amoralidad y de cuantos adjetivos ofensivos existan. Estas realidades han incidido en nuestra autoestima, limitado la posibilidad de asumir nuestra identidad y tomar conciencia de lo que somos. No es un secreto para nadie que en medio de la crisis económica, los cubanos de raza negra llevan la peor parte. En el plano económico, la situación de los negros siempre ha sido aguijoneada por la discriminación que se lleva por fuera: el color de la piel.

Si hemos sido capaces de enfrentar durante tanto tiempo situaciones difíciles, si sabemos que el consciente colectivo no es herencia cerebral, sino construida con prejuicios, mitos y actitudes, entonces hay que plantearse asumir nuestra identidad y nuestra cultura. Reivindiquemos nuestra espiritualidad, hagámosle frente a esa forma equívoca de representarnos, retomemos nuestra cultura y costumbres como formas de resistencia y afirmación de nuestra negritud.

La conciencia racial no puede diluirse dentro de la conciencia nacional. Los cubanos todos debemos proyectarnos sobre la base de la aceptación, inclusión y respeto a la diversidad racial y cultural. Creo que debemos empezar por cambiar la imagen que muchos negros y negras tenemos sobre nosotros mismos. De-

bemos elevar nuestra autoestima como arma fundamental en el camino de nuestra reivindicación, para poder lograr cambios definitivos en nuestra admisión como elemento integrador, junto a blancas y blancos cubanos.

No queremos con todo esto construir identidades, que son objetivas y perviven desde hace mucho tiempo. Se trata más bien de que tales identidades no se expresen de manera negativa y se consiga un equilibrio social entre los diferentes grupos raciales de la sociedad cubana.

Tengamos fe en que este flagelo sea erradicado tanto en Cuba como en otras partes del mundo, en medio de la lucha contra la discriminación racial y otras formas de exclusión. El éxito depende de las partes involucradas y muy especialmente de la postura de la víctima.

La mejor forma de alcanzar logros en una sociedad clasista y racista, además de totalitaria, es imponerse ciertas exigencias a partir de la educación y la elevación de la autoestima. El cambio de las actitudes racistas en la Cuba de hoy solo puede dar la vuelta cuando la discusión pendiente sobre este escabroso tema no solo permita la corrección del daño, sino crear mecanismos jurídicos y educativos que sancionen toda acción discriminatoria.

La democracia es el asiento donde se puede refundar la oportunidad para eliminar los actos de exclusión. Es el momento de continuar el análisis del problema con profundidad y seriedad, siempre con la visión futurista de lograr en Cuba un sistema democrático que corrija el error histórico de una vez y por todas, dando la oportunidad a todos los cubanos de defender sus derechos para que se erradiquen las desigualdades.